

la antropología de teilhard de chardin

• ALBERTO OBLIGADO



a) EL PROBLEMA Y EL HOMBRE

No podremos jamás en el mar de los tiempos anclar un sólo día? La angustia lamartiniana tiene raigambre metafísica. Esta necesidad de anclar intelectualmente, de decirnos lo que somos a pesar de todo, de cara al espejo de nuestra realidad, de dejar alguna vez de caminar sobre las aguas y pisar sobre las piedras, atenaza al lector de Teilhard tanto como lo ha fascinado el viaje prodigioso por la cosmogénesis, la biogénesis, orientado irreversiblemente hacia el punto Omega, nueva y vieja metáfora de Dios, norte de la brújula cósmica, hogar de convergencia y centro de atracción.

La única actitud intelectual posible para penetrar en el mundo de un hombre de genio —y el genio históricamente se revela en la imposibilidad de prescindir de él, para atacarlo o defenderlo, lo que obviamente ocurre con Teilhard—, es dejarse arrastrar por su marea de pensamientos e imágenes. Un actitud de apertura, comprensión, simpatía fundamental. Luego vendrá la confrontación de los mundos recíprocos y las simbiosis posibles. En carta del 30 de octubre de 1948, desde Roma, escribe Teilhard: "Anteayer en una reunión me presentaron a Garrigou-Lagrange: sonreímos y hablamos de Auvergne...". Nadie más opuesto en profundidad al jesuita que el ilustre dominicano neotomista, rector del Angelicum, sin embargo en su diminuto contexto social, la anécdota es reveladora, sonreír y hablar de la tierra común, instalarse inmediata e instintivamente en el punto de diálogo.

Creo que en Teilhard hay una auténtica antropología metafísica, que define los caracteres esenciales de la naturaleza hu-

mana, que trasciende el devenir evolutivo, que aparece por primera vez en la nueva especie de vida que es el hombre, y perdura, enriquecido hasta la plenitud posible en él en la visión de lo ultra humano, y en la convergencia final en Omega; en el corazón de la antropogénesis hay una antropología. Pero aislar estas notas sin más aclaración en un artículo dirigido al público que no tiene por qué estar familiarizado con Teilhard, sería falsear la visión de Teilhard. Sería hacer esa geometría metafísica que él tanto teme como hombre de ciencia.

Teilhard, como todo auténtico hombre de ciencia, vive la problemática fundamental de su tiempo. Para el tema que nos interesa, el humano, los últimos cien años viven el descubrimiento de los homínidos y los hombres fósiles. Desde la aparición del "Origen de las especies", de Darwin, en 1859, hasta nuestros días, la tierra no ha dejado de brindar elementos para ubicar, corregir, profundizar la visión evolutiva. Una esencial capacidad creadora se revelaba en el seno mismo de la naturaleza; los hombres del siglo XIX, y hablo de los hombres de ciencia, los físicos y naturalistas, tenían demasiadas cargas filosóficas para no convertir inmediatamente en filosofía un hecho natural. Evolucionismo fue sinónimo de materialismo, y en el caso especial del hombre, de identificación esencial con los animales. La misma Física se sustentaba en supuestos extraempíricos: éter, espacio absoluto ilimitado y vacío, materia como base sustancial e inerte, etc. Darwin no teme afirmar: la diferencia entre el hombre y los animales superiores es cuantitativa, no cualitativa. Haeckel, si mal no recuerdo, ha escrito que si el hombre no fuera su

propio calificador nunca se le hubiese ocurrido ubicarse como especie aparte en la naturaleza. La cualidad de ser "su propio clasificador" no parece conmoverlo suficientemente. Evidentemente estos hombres, por talentosos que sean en su especialidad, y sin desmedro de lo que les debe la ciencia moderna, tienen más teorías que hechos, lo cual, como recuerda Teilhard, es muy peligroso en un hombre de ciencia.

No menos apresurada fue la reacción del concilio provincial de Colonia, en 1860; apenas a un año de la publicación del "Origen de las especies", condena la afirmación de que el cuerpo del hombre provenga por evolución de una naturaleza menos perfecta. Un concordismo superficial va a admitir después, sobre la base de la distinción cuerpo y alma, que aquél puede provenir por evolución siempre que esta sea insuflada directamente por Dios. La imagen no es buena, pues permite pensar una esencia del alma separada del cuerpo, mientras que la corporeidad parece ser de la esencia misma del alma humana si se concibe a ésta como forma del cuerpo. No hay esencia del alma, si "espiritual" es negación de "corporeidad", el hombre es una contradicción viviente.

Cuando la visión del mundo cambia es preciso esperar el advenimiento del nuevo lenguaje, y promoverlo, antes de intentar la concordancia de sistemas que se expresaron cada uno en la terminología de su tiempo.

Dos años justos antes de morir, en plena madurez, escribía Teilhard en carta fechada el 14 de abril de 1953: "Evítad como el fuego toda especie de "concordismo" que trataría de aproximar, y jus-

tificar el uno por el otro, lo que es posiblemente una representación momentánea del dogma, con lo que es, posiblemente también, una face momentánea de la visión científica... En cambio empeñaos en desarrollar y desgajar la coherencia de fondo entre lo que puede ser ya entrevisto como los ejes definitivos de la ciencia y de la fe, respectivamente...".

Teilhard vive plenamente esa aventura del descubrimiento de los homínidos y del hombre fósil, que rompe los esquemas estructurales y los límites temporales de la aparición del hombre sobre la tierra. Él Adán de la capilla Sixtina ingresa definitivamente en el ámbito sagrado del paradigma artístico, y con él toda una visión histórica del hombre. Interviene activa y fundamentalmente en el descubrimiento del hombre de Choukoutien (*Pithecantropus pekinensis*); trabaja con von Koenigswald en Java en la zona del *Pithecantropus erectus*, y en 1951 ya enfermo y frizando los setenta años, se traslada lleno de entusiasmo a Johannesburg, para seguir a Taungs, junto al Kalahari, donde el primer australopiteco fue descubierto en 1925. Es de vuelta de ese viaje que pasa ocho días en Buenos Aires, en noviembre de 1951, donde llega con tres hienas destinadas a nuestro jardín zoológico. Se va con la nostalgia de no haber visto la pampa. Aprovecha para estudiar con el Dr. Menghin colecciones sobre la joven prehistoria argentina: "joven porque no se remonta a más de diez mil años; pero joven también porque sólo desde hace dos o tres años se empieza a comprenderla".

"El otro punto de la expansión humana, cuya traza inicial venía de ver en África. Interesante como contraste y como impresión". (Carta a bordo del Uruguay, del 11/11/1951). En 1953 está otra vez

en Sudáfrica organizando las búsquedas allí.

Pero inmerso en la tarea de investigación, Teilhard no se va a dejar agotar ni envolver por ella. Vive la angustia metafísica y religiosa. Las dificultades intelectuales no lo desalientan ni detienen más que las físicas. El hombre que recorría con medio tan precarios la China, Java y el África en busca de piedras y huesos, siente en su interior el escozor de las alas platónicas, y además ha sido educado en la terminología filosófica de la escolástica, y lleva en sí la fe creadora de los evangelios. Teilhard no renuncia a ninguna verdad, no hace componendas; no deja de investigar, pensar, orar, escribir. Su visión crece en altura, anchura y profundidad.

Si las palabras no lo expresan bien, vuelve sobre ellas, corrige como un poeta, para decir mejor las cosas, pero no es un poeta en cuanto la verdad es lo que en definitiva le interesa. Por lo menos no es un poeta en el puro sentido estético, aunque lo sea en la fuerza expresiva, la riqueza metafórica, el sonido de alma, el calor subjetivo y el poder subyugante de su prosa donde la música domina a veces por necesidad interna.

Escritor y apóstol, nunca olvida su público. Quiere atraer cuando discrepa: "Se puede criticar sin miedo cuando se ama verdaderamente lo que se critica". Pero es preciso que ese amor esté patente, y ese es su mejor arte de escritor.

No acepta una ciencia de la naturaleza que ignore al hombre, ni del hombre que ignore a la naturaleza. Pero el hombre está al término de una evolución cósmica en cuya línea continúa, y no puede situarse sin aquélla.

b) *LA EVOLUCION Y SU SENTIDO*

Estamos embarcados en una cosmogénesis, una deriva cósmica. Pero esta deriva tiene un sentido, un sentido real que surge de los hechos, que se impone como una ultrafísica, o si se quiere, como la física de los griegos, que también comprendía el sentido del fenómeno. El acto puro lo estudia Aristóteles en el Cap. VIII de su Física. Esta física es de lo concreto y no se expresa geoméricamente. No se opone a la idea metafísica de creación, dice cómo esta ocurre en el plano del fenómeno. Siempre una creación extrínseca es extrafenomenal. No atañe al honor de Dios, para quien hable en términos medievales: tan digno es hacer las cosas como hacer que se hagan ellas mismas. Hay en el interior de la materia más elemental una cierta potencia espiritual que la mueve hacia formas cada vez más complejas y organizadas. La tela del universo supera la dualidad materia-espíritu. La materia inerte no existe y se confunde con la pura multiplicidad, con la nada. Átomos, moléculas, células, se repliegan y organizan en formas cada vez más complejas y organizadas. No se agregan simplemente, se unifican, buscan algo que todavía no tienen. Un nuevo infinito, más significativo que el pascaliano de lo grande y lo pequeño, aparece: el de la complejidad creciente. La ley de la complejidad creciente es una derivación cósmica comparable a la gravitación. Es preciso un alto grado de complejidad unificada, sea o no exacta la cifra índice de un millón de átomos, para que la complejidad se anime, para que aparezca la vida. Por el parámetro de la complejidad unificada creciente el universo ha derivado hacia

la vida. Un umbral se ha cruzado, y una nueva manera de ser, la vida, cubre la tierra. La BIOSFERA aparece ya múltiple. Su tela cubre la superficie de la tierra y el agua. El movimiento de complejidad y organización creciente la ha preparado. Un incendio substancial se ha producido; nadie sabe cómo surgió el fuego, pero sí cómo se preparó el combustible.

El parámetro de complejidad creciente ya no sirve para medir los desarrollos de la vida. Esta sobrepasa toda capacidad de cómputo llegada a determinado nivel.

La materia viva se retuerce sobre sí misma en corpúsculos cada vez más complicados. La vida se ahueca más, y ese hueco es ya su centro vital. Surge la conciencia. La complejidad ya no es medida. Lo significativo es el centro de interioridad, la temperatura síquica, el nivel de conciencia. ¿Hay algún órgano que pueda servir de parámetro al nivel de conciencia? Sí, el sistema nervioso. El desarrollo, complejidad, finura, riqueza del sistema nervioso mide el grado de vitalización cualitativa. Un eje y un impulso ascendente hacia formas más ricas de vida se sigue moviendo en el interior de la evolución. El sistema nervioso se abulta en un extremo, se desenvuelve y concentra enrollándose. La cefalización, el desarrollo del cerebro marca la variedad y riqueza de los sentidos y la vida interior. No hay *philum* claro, hay solidaridad y concatenación evidente entre las formas vivas. Pero las escalas intermedias en los casos conocidos son transitorias e indescernibles. El eje de cefalización pasa por la rama de los mamíferos, por el orden de los primates, por la familia de los antropoides. Y llegamos a los homínides. Cuando se quiere en-

frentar esta realidad con estructuras mentales del siglo XIII, es bueno recordar que en el siglo XIII nadie había visto

siquiera un gorila. El estado de la cuestión, al morir Teilhard, el 10 de abril de 1955, era en líneas elementales éste:

ANTIGÜEDAD <i>En miles de años</i>	DENOMINACIÓN	CAPACIDAD CRANEANA	CULTURA
600 a 500	Australopitécidos (Africa)	600 cm ³	Huesos como armas
550 a 300	Pitecantropus (Java, China, Europa)	850 a 1100	Fuego, armas, utensillos
300 a 100	Neandertals Muy extendidos	1200-1400	Humana indudablemente. Entierros. Armas. Adornos, etc.

c) LA ESPERA DEL HOMBRE

El neandertal es indudablemente hombre, a pesar de su cabeza achatada con menos capacidad de materia gris, sus arcos superciliares poderosos, sus largos brazos, sus piernas ligeramente combadas, su cabeza algo inclinada hacia la tierra, etc.

Parece que su diferencia con el Cro-magnon, que es prácticamente el hombre actual, no es de raza, si no de algo más profundo, que le impidió, no obstante haber vivido durante muchísimos más tiempo sobre la tierra, pasar de un grado muy elemental de cultura. No parece ello independiente de su estructura física. Su completa desaparición como tipo, parece indicarlo también. Tal vez haya que hablar de una "clase" de hombre distinto. Pero indudablemente, aunque no podamos fijar su fecha, y tal vez tampoco el tipo inicial definitivo, alguien apareció que enterraba a los muertos como si estos fueran a seguir viviendo, se adornaba, tenía inquietudes estéticas crecientes, y empezó a modificar intensamente a la naturaleza para sus propios fines.

Cualquiera que sea el momento de la hominización y el ser a quien en definitiva corresponda, lo que tal vez no se sepa nunca, lo fundamental desde el punto de vista de este artículo es saber en qué empezó con la hominización, si ello es algo esencialmente nuevo, y en qué consiste.

En este punto Teilhard no puede ser más categórico, el hombre no es una nueva especie animal, es una nueva especie de vida: La Noosfera. Antes de entrar en su mundo interior en busca de su esencia, ciertos caracteres visibles para el puro naturalista ponen en evidencia que se está frente a una mutación única en su género. En los últimos dos millones de años, los homínides surgidos en el corazón de la mancha antropoide donde aparecerá el hombre, son la única novedad importante en la naturaleza. Pero el hombre empieza por cambiar el ritmo de la naturaleza con una aceleración creciente, que puede percibirse más claramente aún cuando la evolución, ya hominizada, se hace cultura. Este cambio de ritmo lo fija Teilhard en cuatro

propiedades que surgen a primera vista:

- a) Extraordinario poder de expansión. El hombre ocupa rapidísima toda la superficie de la tierra;
- b) Velocidad de diferencia extremada. Si bien de los cráneos fósiles no puede deducirse el verdadero parámetro de cefalización, que tal vez dependa más de un problema de neuronas, no hay duda que este crecimiento craneano es rapidísimo del estado pitecantropo al sapiens;
- c) Persistencia del poder de germinación filética. El homo sapiens tiene una savia vital cuya presión crece constantemente;
- d) Convergencia de las ramas. El hombre, contrariando todos los antecedentes biológicos, ha realizado una verdadera síntesis orgánica de especies potenciales, anticipándose en el plano biológico a lo que va a ser una nota fundamental de su actividad social, política y cultural.

En la deriva general de la materia hacia el espíritu, el hombre ha tomado el comando de la evolución. Esta no se ha detenido. La evolución en el hombre se continúa. La selección natural cede a la invención reflexiva. Aparecen en el plano de la conciencia y de las relaciones humanas la multiplicación, la interiorización, comprensión, asociación, socialización, solidaridad que acendran al hombre individual. Teilhard es fundamentalmente optimista. Los hombres no sólo se multiplican sino que se renuevan. El hombre de ciencia ha visto experimentalmente que el mundo tiene un sentido, que no es absurdo. Si lo mejor del mundo sigue actuando hacia una vida mejor, es porque ese es el impulso fundamental. Si fracasa la conciencia individual, es la evolución misma que fracasa, y con ella el cosmos. El hombre debe, por su propia estructura y el sen-

tido de la evolución, emerger en lo absoluto.

Pero ello ya implicaría entrar en la temática de la antropogénesis, que no es nuestro objeto.

Situado, a grandes razgos, el hombre en el cosmos teilhardiano, cabe volver a la pregunta inicial. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su naturaleza? Reconocido en toda su amplitud el ritmo evolutivo ¿hay una antropología posible?

Teilhard va a hacer notar, fuera de ciertas preeminencias mentales incontables, cuan poco se diferencia el Antropos del Antropoide. Se va a negar también a considerar el instinto como una sub-inteligencia homogénea y fija, que sólo obraría en función de especie y no revelara espontaneidad individual alguna. Los instintos configuran también sistemas evolutivos de profundización interior creciente. El instinto tiende a hacerse inteligencia. Aún en los monos actuales en particular, hay actitudes y reacciones que recuerdan extrañamente aquellas que se usan para definir la naturaleza y reivindicar la presencia en el hombre de una alma racional. Y no hemos visto actuar a los homínides. Si la historia de la vida es un movimiento de conciencia velado de morfología, es natural que en la cima de la serie, en las cercanías del hombre, los siquismos aparezcan "a flor de inteligencia".

Teilhard toma el toro por las astas: "La más gran discordancia se manifiesta todavía entre los sicólogos cuando se trata de decidir si el siquismo humano difiere específicamente (por naturaleza) del de los seres aparecidos antes que él. De hecho la mayoría de los sabios, se opondría a la legitimidad de un tal corte ¿Qué no se ha dicho y qué no se dice todavía sobre la inteligencia de los

animales? Si se quiere resolver la cuestión (de tan necesaria solución para la ética de la vida como para el conocimiento puro...) de la superioridad del hombre sobre los animales, no veo más que un medio: dejar de lado resueltamente, en la red de comportamientos humanos, todas las manifestaciones secundarias y equívocas de la actividad interna, y colocarse frente al fenómeno central de la Reflexión”.

“Desde el punto de vista experimental, que es el nuestro, la Reflexión, como lo indica el mismo término, es el poder adquirido por una conciencia de repliegarse sobre sí, y de tomar posesión de sí misma como un objeto dotado de consistencia y de valor particulares: no solamente saber, sino saber que se sabe. Por esta individualización de sí mismos en el fondo de sí mismo, el elemento vivo, hasta entonces expandido y dividido en un círculo difuso de percepciones y de actividades, se constituye por primera vez en centro puntiforme, donde todas las representaciones y experiencias se anudan y consolidan en un conjunto conciente de su organización. “Las consecuencias son inmensas. El ser reflexivo, por la misma virtud de ese repliegue sobre sí mismo, es capaz de desenvolverse en una esfera nueva. “En realidad es otro mundo que nace”. “Abstracción, lógica, elección e invención razonada, matemáticas, arte, percepción calculada del espacio y la duración, ansiedades y sueños de amor... Todas las actividades de la vida interior son la efervescencia de ese centro recién aparecido floreciendo sobre sí mismo”.

El hecho de ser reflexivo es lo que constituye al ser inteligente, y no se puede negar que ese es patrimonio ex-

clusivo del hombre. Ello constituye un cambio radical en la esfera de la vida. El animal sabe, pero no sabe que sabe; de lo contrario hace tiempo que hubiese multiplicado sus invenciones y desarrollado un sistema de construcciones internas que no hubieran escapado a nuestra observación. Un dominio de la Realidad le está vedado, donde nos movemos nosotros y donde él no puede entrar. Un foso, un umbral infranqueable nos separa. “Porque somos reflexivos no somos solamente diferentes, somos otros. No un simple cambio de grado, sino un cambio de naturaleza, resultante de un cambio de estado”. (*Le Phénomène Humain*. Seuil, ed. 1955. Todo lo puesto entre comillas es textual).

Las obras posteriores de Teilhard no modifican el punto de vista de su obra fundamental dedicada al hombre. Para Teilhard existe pues una naturaleza humana que no sólo constituye al hombre como tal, diferenciándolo esencialmente de todos los seres vivos, sino que es la fuente de acción de todas sus actividades específicas, y por lo tanto de toda la evolución en lo futuro, que se ha hominizado, interiorizado. Inteligencia, libertad, arte, amor tiene una fuente de naturaleza perenne en el hombre. El acendramiento en ellas del individuo es el futuro de la evolución, que se origina así en una realidad constante de naturaleza.

No es esto lo que quería demostrar; en realidad no quería demostrar nada, sino lo que muestra Teilhard en el corazón mismo de la evolución del hombre.

El neotomismo (ver Etienne Gilson: *Le Thomisme*. Introducción a la Philosophie de Saint Thomas D' Aquin, ed.

J. Vrin. 1948, pág. 262/271; Garrigou Lagrange. *La Síntesis Tomista*. Desclee. 1946, 4ta. parte) insiste en caracterizar el alma humana por su independencia de la materia y al hombre por el alma racional. La inteligencia humana se muestra como extranjera a toda corporeidad. Teilhard, a fuerza de querer estar más cerca de la realidad concreta, es en el fondo más antropólogo, y metafísico más convincente, pues una realidad no se la caracteriza por lo que no es sino por lo que es. La reflexión por la cual el ser vivo se encuentra a sí mismo en el hombre, en la forma que la expone Teilhard, dice algo más convincente sobre la naturaleza propia del hombre, y aunque de vieja raigambre aristotélica, tiene en aquel una integración en una visión mucho más rica y completa de la realidad humana. No hay duda que Teilhard trabaja con una antigua tradición católica, conciente o no en sus detalles. No es por casualidad que coincida con la concepción mítica agustiniana del Génesis, o sus razones seminales; o casi literalmente con textos de Santo Tomás cuando describe el movimiento ascensional de la materia hacia el espíritu. (Ver *Summa contra gentiles*, versión italiana del P. Angelo Puccetti. Scuola Salesiana. Torino. 1930. I. III. pág. 43/44).

Es absurdo hablar de catolicismo tradicional y no tradicional en relación a Teilhard, para ensalzarlo o denigrarlo. Todo gran pensador original se asienta sobre una tradición vasta y profunda, lo que ocurre es que no es empleado de ninguno de sus esquemas; y ninguna tradición puede subsistir sin pensadores originales que la remozen actualicen y trasciendan. ♦